SARGENT PEPPERS LONELY HEARTS CLUB BAND

Un texto de **Javier F. Parra**

A TODO VOLUMEN_1

Una foto con Edgar Allan Poe

(O cómo fabricar taxis con papel de periódico)

“La banda empezará a las seis menos diez, pero antes de eso, mis queridos amigos, ¡me veréis desafiar al mundo! ¡Por encima de los hombres y de los caballos y de los aros y las ligas, atravesaré un tonel de fuego tan auténtico como el hambre que tengo, podéis estar seguros!”, sentenció a voz en grito.

SGT. PEPPER'S
LONELY HEARTS
CLUB BAND
THE BEATLES

Mr. Kate era un hombre enclenque, de agazapados ojos polacos, que siendo muy niño decidió aprender a volar. Saltar por los aires igual que un día lo hicieran la casa de su padre y todas las paradas de autobús de Varsovia. Mr. Kate y su simpática chica oriental organizaban festivales circenses en las afueras de Nueva York, intentando recaudar unos pocos dólares y así poder “arreglar ciertas cosas”. Tras el entusiasta anuncio, el Sargento Pimienta, emocionado, abrazó a Mr. Kate. Le dijo que admiraba su sentido del humor y entre sus brazos de anguila le deseó mucha suerte con su nuevo salto al vacío. El suyo, ese vacío, nos parecía el de todos y gritamos vivas y hurras por el beneficio de Mr. Kate.

En la primera fila, Edgar Allan Poe bebía algo que se parecía a un zumo y encendía sin parar gruesos cigarros de tabaco negro que llenaban la sala de una especie de polvo de carretera vieja. Al encontrarse, Karl y Carl se besaron con aparente efusividad. Cuando me descubrió detrás de la columna del escenario, Fred Astaire movió las cejas y me señaló con el dedo índice de la mano derecha. Marlene, lasciva, le sacó la lengua. Luego vi llegar a Bob, y también a Oscar Wilde. Albert Einstein se sentó justo detrás de ellos. Un poco escorados hacia la izquierda se ubicaron Aleister, y W.C. Creo que Aubrey también se sentó por allí. Laurel y Hardy se habían puesto al final y abrazaban a todo el mundo. Poco a poco, los invitados iban llegando.

Nosotros, compartiendo varias latas de atún al otro lado del viejo telón, oíamos sus risas nerviosas y despreocupadas, sus bromas, los ligeros aplausos, las conversaciones mezcladas y el ir y venir de los vasos y las botellas, todo ese ruido mezclándose y ecualizándose al nivel de inmortalidad. El doctor Livingstone se subió a una silla para hacerles callar e informó al respetable de que Adolf Hitler y Jesucristo Nuestro Señor estaban fuera esperando, pero que no les dejaban entrar sin una invitación. Y de nuevo el murmullo, el terrible rumor de la vida.

“Somos la Banda del Club de los Corazones Solitarios del Sargento Pimienta, y esto de aquí es un pobre hombre asustado, ya saben a qué me refiero”-comenzó diciendo el Sargento, palpándose el cuerpo-. “Gracias a todos por venir. Nos gustaría llevaros a casa”, dijo para acabar, justo cuando Marilyn entraba saludándome. Mientras se abrían cientos de botellas de vino todos aplaudieron con ganas la entrada al escenario del resto de la Banda. “Poneos cómodos y olvidaos del tiempo, amigos y amigas. Este de aquí es Billy Tijeras, la voz de todos y cada uno de nosotros”, y me señalaba con sus dedos mugrientos.

Unos quince minutos después, el alcohol, el LSD y los riffs de la guitarra de Cheap hicieron el resto. Poe empezó a sonreír y a compartir sus cigarros. El vino cayó varias veces al suelo, inconsciente, como lo hace la sangre de los jóvenes soldados, y la historia del mundo se reconcilió consigo misma a ritmo de rock and roll.

Al final de la noche, acabé metido en una pequeña barca, navegando bajo un cielo de color mandarina, como tantas y tantas veces. Al otro lado del río, una chica con ojos de caleidoscopio me llamaba, escondida entre flores de celofán amarillas y verdes. Era la pequeña Lucy, que me enseñaba un diamante reluciente incrustado en uno de sus dientes. Ya por la mañana, varios taxis de papel de periódico se llevaron de allí a toda esa extraña y adorable gente.

Esa fue la última vez que la *Banda del Club de los Corazones Solitarios del Sargento Pimienta* se juntó para tocar. Debo tener por algún sitio aquella divertidísima foto de familia. Pocos meses después, Cheap se embarcó hacia Cuba, y creo que Pet, al final, aceptó casarse con aquella mujer de Minnesota. Supongo que todos queríamos arreglar el jardín, cortar las hierbas y poner nuestros jerséis de lana junto a la chimenea. Tener nietos incluso. Vera. O Chuck. O Dave. Todos ellos escalando por nuestro maldito regazo apaleado. Sí, supongo que llegar a las sesenta y cuatro y poder abrir una botella en San Valentín era todavía un gran plan. “Buenos días, buenos días. Buenos días, buenos días. Buenos días... Y así hasta la eternidad”.

El Sargento me sigue diciendo en su carta:

“La otra noche, sin avisar, la pequeña Sally salió tranquilamente por la puerta de atrás de la casa. Supongo que al otro lado de la calle le esperaba aquel tipo que trabaja con coches en la ciudad, aunque en su nota de despedida no dejó ninguna pista. Tampoco ningún reproche.

Me pregunto qué fue lo que hicimos mal…”

Mientras leo una y otra vez aquellas líneas, Rita golpea el cristal de la cafetería y me sonríe. La adorable Rita, siempre paseando por estas calles, escribiendo las multas y su número de teléfono en ese cuadernillo de tapas blancas, por si alguien decide llamar. “¿Cenamos hoy?”, me dice desde la puerta. “¿Dónde estaría yo sin ti?”, leo en sus ojos de poli bueno.

Manhattan bulle, como hace el agua de un jacuzzi, y creo ver a alguien que se parece a Edgar Allan Poe saludándome mientras camina. Lleva uno de esos puros en la mano. *“¡Vayamos a Central Park y escalemos un árbol!”* le digo a Rita, y ella se ríe al recordarlo. ¿Os he dicho que es adorable? *Siempre habrá agujeros por todas partes*, pienso mientras nos adentramos en la boca del metro. Rita se agarra a mi brazo y me mira como una tonta. Está feliz, supongo, y yo pienso que sí, que todo va mejor. Mucho mejor. Mejor desde que eres mía. Y me encantaría excitarte, pero eso podría decírselo a cualquiera.

- *¿Te ocurre algo, Bill?* -pregunta de pronto la adorable Rita, asustada al ver el color de las lágrimas que bajan por mis mejillas.

Hay gente por todas partes, arriba en el infierno, o justo aquí abajo, en el metro. Gente que gana el mundo y a la vez pierde su alma sin darse cuenta.
¿Eres tú uno de ellos? Yo tengo cincuenta y tres, pero sólo hay que saber mirar en medio de la oscuridad, adentrarse en el agujero y sentir que la vida fluye. Dentro. Y fuera también. Ver que todo va. Sólo se trata de un agujero más, mi viejo amigo.

"¿Recuerdas cómo un día cualquiera de mi vida unos cuatro mil agujeros se abrieron de repente en la calle y nadie entendía por qué? Alguien se encargará de arreglarlo, estad tranquilos, nos decían, pero la lluvia ácida de Blackburn se colaba sin cesar por aquellos huecos y te quemaba los ojos y la garganta", seguía diciendo su carta. Sí, yo también recuerdo aquellos pozos traicioneros. Trampas negras por las que nuestra juventud trataba de escapar de la rutina, del horror, de noticias como ésta. Fuimos La Banda del Club de los Corazones Solitarios del Sargento Pimienta. Pero ¿y ahora qué somos?

Rita frenó en seco antes de meternos en el tren y volvió a preguntarme lo mismo. Esta vez suplicaba una respuesta. Le enseñé el recorte del periódico de aquella mañana, pero no lo

reconoció. La noticia venía acompañada de una foto suya en blanco y negro. Un "*miembro de la Cámara de los lores*" decía. Enseguida se me escapó la risa imaginando aquel pequeño gran agujero en su cabeza y todo cubierto de verde pimienta del Sargento, justo allí, en mitad de un semáforo en rojo y a la vista de todo el mundo.

Hacia un par de días que me había llegado su carta. Al final de la misma me preguntaba cómo me siento cuando acaba el día, si me preocupaba estar solo. "*No, por supuesto que no. Me las arreglo bien con un poco de ayuda de mis amigos. Lo intento con un poco de ayuda de mis amigos*", me dije, indefenso ante aquella pregunta.

Supongo que sólo buscamos un poco de calor más allá de los fríos barrotes de la ciudad. Cerré la carta, temblando, y encendí uno de esos cigarros de tabaco negro que Edgar Allan Poe fumaba sin parar en aquel concierto. Luego aceleré el paso, excitado. Quería llegar pronto a casa para escribirle una carta a mi viejo amigo.

Firmado: *Lalo Cura*

SARGENT PEPPERS LONELY HEARTS CLUB BAND

WITH A LITTLE HELP FROM MY FRIENDS

LUCY IN THE SKY WITH DIAMONS

GETTING BETTER

FIXING A HOLE

SHE´S LEAVING HOME

BEING FOR THE BENEFIT OF MR. KITE!

WITHIN YOU WITHOUT YOU

WHEN I´M SIXTY FOUR

LOVELY RITA

GOOD MORNING GOOD MORNING

SGT. PEPPER´S LONELY HEARTS CLUB BAND (REPRISE)

A DAY IN THE LIFE

FECHA DE PUBLICACIÓN del ÁLBUM
1 de junio de 1967

UNA
TU PODCAST
de
CADA
MÚSICA

A TODO VOLUMEN_1

Año de publicación: 2018

Texto: Javier Fernández Parra.

Maquetación y diseño de portada: Carlos López.

Visita nuestra web y conoce nuestro podcast

www.unadecadapodcast.com